

LA **V**IDA **M**ISMA



PREMIO
HAMMETT
INTERNACIONAL

Paco Ignacio Taibo II

Un escritor cincuentón se convierte de repente en el jefe de la policía municipal de Santa Ana, población del norte de México con ayuntamiento de izquierda, cercado por la ofensiva del PRI. Lo viejo, el crimen de una mujer joven, que puede quedar impune en un lugar plagado de pistoleros y caciques; lo novedoso, un pueblo rebelde, con emisora y jefe de policía independientes, que busca sitio bajo el sol.

Con un hilo maestro de suspense y humor, este gran novelista nos enseña algunas claves de la realidad mexicana con no pocas pinceladas de universalidad. En este género, Taibo es en la actualidad uno de los escritores más aplaudidos. La vida misma recibió el Premio Hammett Internacional a la mejor novela policíaca.

NOTA

No existe la ciudad minera de Santa Ana en el centro-norte de México, y por tanto, nunca hubo en ella un ayuntamiento rojo, ni un jefe de policía que escribía novelas policiacas. Esta historia pertenece descaradamente al terreno de la ficción. La enorme mayoría de los personajes no existen más que en las páginas de este libro, e incluso aquellos cuyos nombres o signos distintivos he tomado prestados de la realidad, dicen cosas que sólo pueden atribuirse a mis fantasías. Aclaro todo esto, para que nadie piense que en cambio, el país del que se habla es irreal. Yo lo conozco, vivo con él todos los días.

PIT II/1986-87

Este libro es para: Marc Cooper, periodista en Los Ángeles; Carlos Monsiváis, escritor en la Portales; Esther, dueña de una librería en Zacatecas; Héctor Mercado, abogado; Juan Carlos Canales y Fritz Glockner, poblanos... y todos ellos personajes secundarios de esta historia.

Y con la lluvia te verás de suerte,
que en lo que te dio vida temas muerte.

Francisco de Quevedo

Bien, los héroes pertenecen a los libros.

André Malraux

1

Lloviendo en el D.F.

«Si en esta ciudad no lloviera, hacía mucho que la habría abandonado», pensaba José Daniel Fierro pensando en que pensaba; porque había ideas que eran trabajo, reutilizables pensamientos que formaban frases y luego se iban por el camino de las teclas. La sensación era suya, pero podría ser del viejo villista que trabajaba en una tlapalería hacia la mitad del capítulo tres de la novela que estaba escribiendo. «Si no lloviera»... escribía en la cabeza mirando las gotas de agua estrellándose en el doble vidrio ante su mesa blanca e imaginando sin oír el splash, los pequeños plop. Había que ponerle a la frase un poco del sonido del viento que empujaba la lluvia contra la ventana y que se hacía imagen literaria sacudiendo el laurel solitario del camellón, haciéndolo bailar. «Si no hubiera laurel», también se habría ido, él, no el viejo del capítulo tres. Cada vez escribía más de irse y, sin embargo, se quedaba. Encendió un Mapleton con la colilla del otro. Ana, sentada a sus espaldas en un sillón blanco, levantó la vista del libro que estaba leyendo y estiró la mano para robarle un cigarrillo.

—¿Sabes cuánto nos cuesta fumar?

José Daniel se atusó el bigotazo negro mirando la lluvia.

—Cuarenta y dos mil pesos al mes, ¿cómo lo ves? El enfisema pulmonar es la enfermedad más cara de adquirir del mundo —dijo Ana sin esperar respuesta.

—Alguna vez oí de una sífilis que le costó a un tipo 200 mil pesos.

—Nada. Menor el asunto —dijo Ana—. ¿Un café?

—Un coñac doble.

—Pensándolo bien, el alcoholismo es más caro todavía —dijo ella caminando hacia la cocina. A la mitad del camino el timbre de la puerta la hizo cambiar de rumbo. José Daniel Fierro se tocó el codo, la lluvia le traía un dolor artrítico. Los principios de capítulo deberían ser contundentes, sólo un escritor de segunda empezaría un capítulo con «Si en esta ciudad no lloviera...» Trató de que la conversación en la puerta no le rompiera el hilo. Casi lo tenía. Tecleó quitándole la infecta blancura a la hoja de papel: “Un buen detective sólo vive en ciudades en las que llueve así”.

—Daniel, tienes visita —dijo Ana casi soplándole las palabras en la pelusa de la nuca.

José Daniel se volteó y contempló a los tres recién llegados: un joven despeinado con chamarra y botas, lentes muy gruesos; un barbudo de unos 40 años con mirada fiera; un hombre de unos 35, muy moreno y de ojos verdes, al que había visto muchas veces en fotografías.

—Pasen, siéntense —les dijo a los tres personajes que trataban de que las botas no enlodaran la alfombra blanca. Se acercaron extendiendo las manos. El escritor giró su silla para enfrentarla a los recién llegados, cediéndoles los dos sillones; Ana se mantuvo vigilante cerca de la puerta en su actitud de anfitriona-propietaria.

—Somos de la comisión —dijo el joven de los lentes.

—Está lloviendo a mares —dijo José Daniel por decir algo.

—Le hablaron, ¿verdad? —preguntó el hombre de los ojos verdes.

—Tú eres Benjamín Correa —afirmó el escritor, el joven asintió.

—Macario, el dirigente de la sección 23 y Fritz, el director de nuestra estación de radio —contestó señalando con el dedo a sus dos compañeros.

—No, nadie me habló, pero no hay bronca —dijo el escritor—. ¿Para qué soy bueno? ¿Lo de la semana de la cul-

tura en Santa Ana? Ya les dije que sí, que iría, y firmé el manifiesto. ¿Salió hoy, no?

—Queremos que nos firme otro papelito —dijo el dirigente de los mineros.

—¿Un cheque?

Los tres personajes se rieron.

—No, compañero Fierro, está peor —dijo Fritz Glockner.

José Daniel sonrió.

—Queremos que sea el jefe de policía de Santa Ana —dijo el presidente municipal rojo. Los tres personajes rieron. José Daniel Fierro emitió una risita de hurón, dudosa.

—¿Quieren que escriba una novela policiaca sobre Santa Ana?

—No. Queremos que sea el jefe de policía de Santa Ana.

—Bueno, qué cosa —exclamó Ana.

—¿En serio? —preguntó el escritor.

—Claro —dijo Benjamín Correa, encendiendo un Delicado sin filtro. Macario, el minero, asintió con una sonrisa ladina.

José Daniel Fierro los observó fijamente tratando de no cruzar su mirada con la de su mujer.

—Esperen un minuto, déjenme ponerlo claro. ¿Quieren que yo vaya a Santa Ana y me haga cargo de la policía?; ¿será la municipal, no?

Los tres personajes asintieron.

—A mí me parece muy importante lo que están haciendo. En medio de tanta mierda la experiencia de ustedes es fundamental. Hasta ahí. Que quede claro. Firmo manifiestos, voy a manifestaciones, escribo sobre ustedes donde puedo si tengo algo que decir, apoyo económicamente, voy a Santa Ana y participo de una semana de la cultura; son cosas que sé hacer, que puedo hacer. Hasta ahí de nuevo... Pero ser jefe de policía es una locura. Tengo 50 años...

—Cincuenta y dos —dijo Ana desde su esquina.

—Cincuenta y uno y cumplo en un mes... —le contestó rápido José Daniel—. No he disparado una pistola en mi vida.

—¿A poco? —preguntó Macario, al que no le cabía en la cabeza que todavía quedara alguien en México que no hubiera disparado una fusca.

—Pero en *Muerte al atardecer* se cuenta todo sobre una 45, el impacto, el retroceso, la precisión, la limpieza... —dijo Fritz Glockner sonriendo.

—Lo saqué de un manual de armas italiano —contestó el escritor disculpándose—. Pero además, ¿qué importa? No tengo ninguna experiencia policiaca real. Sólo ficción, sólo literatura.

—En *La cabeza de Pancho Villa* cuenta la historia del fraude del banco, así supimos como lo andaban haciendo en Santa Ana.

—Bueno, es que así pasa. ¡Chingaos! ¿Tengo que contarles la diferencia entre escribir y vivir?

—No hay diferencia —dijo el alcalde rojo—. Nomás es cuestión de kilómetros. ¿Quién sabe de policía en México? Nadie. Nomás usted, escritor. ¿Quién lleva 11 novelas? Por cierto, me falta una, la de los, braceros...

—*La raya* —dijo José Daniel—. Tengo ejemplares por ahí...

—A lo mejor lo que pasa es que no se lo estamos proponiendo bien —dijo Fritz—. A ver así: en año y medio han asesinado a dos jefes de policía municipal en Santa Ana. Los judiciales del estado nos traen jodidos, necesitamos una buena policía municipal, alguien a quien no puedan matar sin que se arme un pedote nacional, hasta internacional; por ejemplo, un escritor que acaba de ganar el Gran Premio de Literatura Policiaca en Grenoble, o al que entrevista el *New York Times*. Un escritor que aunque es de izquierda sale en el programa de Rocha cuando publica un libro. Uno que no puedan matar, y que además tenga coco,

ideas, mente de investigador, uno que le sirva al pueblo y que además saque de onda a los priístas y al gobierno del estado, alguien que ponga su nombre en Santa Ana.

—Entiendo eso, pero tiene que tomar algo en cuenta. Yo soy un culero. Tengo miedo. Este país cada vez me da más miedo. Si sigo hablando y escribiendo es porque me da más miedo callarme.

—Por valientes no paramos, eso es cosa nuestra —dijo el presidente municipal—. Tenemos como diez que se meten a la jaula de los leones, esposados, y le dan patadas en los huevos a las fieras... Queremos a uno como usted. No más imagínese: «José Daniel Fierro, jefe de policía de Santa Ana».

—No, si me lo imagino.

—Me divorcio, ¡eh! —dijo Ana.

—¿Quién fue el de la idea? —preguntó el escritor.

—Nosotros andábamos buscando por ahí, y lo comentamos con algunos, y Carlos Monsiváis fue el que nos dio la idea.

—Maldita sea, vaya broma más cabrona.

—Piénselo, maestro. No sólo nos hace un servicio en Santa Ana, sino la cantidad de novelas policiacas que salen de ahí. Tenemos unos crímenes de lo más lucidores —dijo Fritz.

—Nos traen jodidos —dijo el presidente municipal, y ahí José Daniel se dio cuenta cómo había llegado hasta el puesto. Ponía tal intensidad en las palabras, que tomaba el hígado del oyente y no lo soltaba—. Nos cercan, cortan presupuestos, los caciques hostigan, no entregan los dineros del municipio, nos provocan, nos rodean con una de las campañas de publicidad más negras que se ha hecho en la historia de México. Tenemos elecciones en ocho meses: si las ganamos nos van a meter el ejército, si las perdemos nos van a desmontar toda la organización popular que se ha creado. Necesitamos toda la ayuda que podamos conseguir. Necesitamos un jefe de policía... ¿Qué pues?

- ¿Llueve mucho en Santa Ana?
- Todos los días —contestó Macario.
- Nunca —dijo Fritz Glockner.
- Usted dirá —contestó el presidente municipal.
- Me divorcio —dijo Ana—. Te juro que me divorcio.

2

*Notas para la historia del
ayuntamiento rojo de Santa Ana.**José Daniel Fierro*

He descubierto al menos seis formas de iniciar la historia del ayuntamiento rojo de Santa Ana, y eso en tan sólo un día de automóvil recorriendo la panamericana hacia el norte con tres compañeros singulares. Una de ellas sería narrar la lucha de la sección 23 del sindicato minero por independizarse del sindicato charro desde mediados de los años setenta; otra sería seguir los hilos de lo que se llamó aquí *La voz del pueblo*, el periódico semanal que Correa inició hace siete años, y que dio nacimiento a la OP donde se juntaron mineros y estudiantes que volvían a su ciudad después de haber hecho carrera en Guadalajara, Monterrey o el D.F.; otra será la historia personal de Benjamín Correa, su estilo hormiguita, que lo llevó a conocer Santa Ana como nadie, y cuando digo conocer, habría que emplear incluso el sentido bíblico, pues las bromas en el automóvil le adjudican al menos siete casas chicas siendo oficialmente soltero; otra historia tendría que ver con las labores que por aquí hicieron dos viejos comunistas, un minero llamado Don Andrés, ya jubilado, y un tendero, quienes al fin de cuentas fueron los que empujaron la experiencia por su camino electoral; hay una quinta forma de aproximarse a la historia del ayuntamiento, tiene que ver con el bufete popular que organizó Mercado y que durante tres años dio asesoría legal a campesinos despojados de tierra, locatarios del mercado o maestros de primaria despedidos; la sexta forma es seguir la trayectoria de la génesis del ayuntamien-

to popular a partir de los abusos del cacicazgo priísta y el hartazgo popular. Para escoger.

Mis compañeros de automóvil, un desvencijado Renault, sugieren la historia de los muertos como séptima opción: El chato Madera, al que tiraron de un montacargas cuando iniciaba la organización de los mineros. La muerte de bala perdida de doña Jerónima, vendedora de pollos en el mercado, que cayó en la manifestación del 20 de abril. La muerte de Quintín Ramírez, campesino de 45 años, ahorcado en la puerta de su jacal por los pistoleros de los terratenientes. La muerte de siete niños en una epidemia a fines de los ochenta. La muerte de Daniel Contreras, atropellado por el hijo borracho de Simpson, el gerente de la Santa Ana Mining Co. La muerte de Lisandro Vera, estudiante de derecho nacido en Santa Ana y primer jefe de policía del ayuntamiento popular, baleado al salir de la cárcel. La muerte de Manuel, obrero de la CocaCola, al que un esquírol pagado por la empresa acuchilló en las guardias de la huelga. La muerte del maestro Elpidio, segundo jefe de la policía del ayuntamiento rojo de Santa Ana, que andaba persiguiendo un camión con mariguana a 15 kilómetros de la ciudad.

Ésa sería otra manera de contar esta ciudad que sólo había inventado a partir de fotografías y que siempre pensé como un rancho grande lleno de banderas rojas. Y que ahora comienzo a ver de cerca, como una mezcla de calles asfaltadas y empedradas, supermercados, una plaza municipal, un entramado complejo de poderes y pasiones, una librería (!), once cines, once burdeles (conocidos y estables), tres sitios de taxis, 117 crímenes pasionales al semestre, 1.654 bodas al año, 231 mil habitantes, 21 iglesias, 42 escuelas primarias, cuatro secundarias, una prepa, un Gigante, un Blanco, un Oxxo, un director de cine, 16 hoteles, 28% de la producción de estaño del país, un circo cada dos meses, un ayuntamiento rojo que ganó las elecciones por

86 mil votos a 12 mil, un montón de polvo y tierra suelta que molestan la pureza del airecillo de las montañas.

3

Querida Ana/13 de abril

Querida Ana/13 de abril. Bueno, ya estoy aquí, mirando el pueblo desde la ventana de mi cuarto en el hotel Florida (corrí un buró hasta la ventana y ahí monté la oficina; la máquina de escribir quedó alta, espero que no me duela la espalda porque la silla es muy chaparra). Ojalá que no estés dándote demasiada prisa para acusarme de abandono de hogar, pero si me pongo a discutirlo contigo, nunca me voy de casa. Mándame a «ocurre» por Transportes Frontera, un montón de cintas negras de Olivetti portátil, de las de algodón que venden en la tienda de la esquina, también el original que está en una carpeta roja con una liga, y un montón de novelas de J.P. Machette que dejé de mi lado de la cama, son como siete, en seguida las verás. Y si no es mucha molestia, pon el bote de aspirinas gringas, las de capa entérica, y echa el suéter azul de cuello de tortuga.

No me preguntes qué estoy haciendo en Santa Ana, todavía no lo sé, y si me pongo a explicártelo ahora, sería pura retórica. Disculpa, una más en tantos años.

Besos. JD